

DEBATE SOBRE LA SEGUNDA CONTRADICCIÓN

SOBRE LA SEGUNDA CONTRADICCIÓN DEL CAPITALISMO

Carla Ravaioli

En una de las diversas reelaboraciones de la teoría que O'Connor ha propuesto para el debate sobre «la segunda contradicción del capitalismo», en un momento determinado dice:

«El desarrollo del capitalismo global, después de la Segunda Guerra Mundial, hubiera sido imposible sin la deforestación, sin la polución del agua y del aire, sin la contaminación de la atmósfera, sin el aumento de la temperatura del planeta, y sin todos los otros desastres ecológicos; sin la construcción de grandes megalópolis sin ningún tipo de preocupación por la congestión del tráfico, por un uso racional del territorio, de los transportes, por el sistema de vivienda y alquileres; y sin un despiadado desprecio por la salud física y emotiva de la comunidad y de la familia, de la educación y de todos los otros aspectos de la reproducción social de la fuerza de trabajo —por no hablar del bienestar de las generaciones futuras. Si el capital se hubiese preocupado de reproducir o restablecer las condiciones de producción, tal y como se presentaban al final del periodo de reconstrucción de la postguerra, la tasa de crecimiento del PIB mundial probablemente no habría superado la mitad de la que se ha registrado, quizá habría sido apenas de una cuarta parte»¹. Esta misma idea se expresa

más explícitamente cuando en la conclusión del mismo texto se dice que «tasa de explotación y de contaminación de la naturaleza dependen de la tasa de acumulación de capital»².

Por lo que a mí respecta, éste es el momento en el que O'Connor formula y motiva con más claridad la relación existente entre la degradación ambiental y el crecimiento productivo. Por lo demás, su trabajo está fundamentalmente encaminado a demostrar e ilustrar con muchos argumentos la doble crisis que, según su análisis, sufre actualmente el capital: una crisis en la demanda, o «primera contradicción» consecuencia de la explotación del trabajo, y una crisis del aumento de los costes, o «segunda contradicción», causada por la explotación de las condiciones en que se efectúa el trabajo o condiciones de la producción (entre las cuales está el ambiente natural).

De manera casi casual, y situado sin particular relevancia en la torrencial producción de O'Connor, se encuentra lo que para mí (y no sólo para mí) es el punto clave. Presenta el problema del ambiente como una consecuencia directa e inevitable del sistema productivo capitalista. Es decir, considera el crecimiento exponencial del producto y la acumulación de plusvalía,

¹ James O'Connor, «The Second Contradiction of Capitalism: causes and consequences», *Conference on New Economic Analysis*, Barcelona, 30 de noviembre — 2 de diciembre 1990, p. 3.

² *Idem*, p. 5.

que son los principios básicos de la economía capitalista, como las principales causas de la crisis ecológica; el análisis teórico coincide con las preguntas a las que llega el sentido común más elemental: ¿puede la Tierra, que es limitada, soportar una cantidad infinitamente creciente de mercancías con todo lo que esto implica respecto al consumo de recursos agotables, la producción de basuras, la contaminación, el aumento de la temperatura, etc.? El sistema económico capitalista, por lo que atañe al ambiente, demuestra que no es sostenible.

Creo que hay que hacer más hincapié en este aspecto que debe ser analizado con mayor atención de lo que O'Connor hace, por su valor. Indudablemente la crítica al capitalismo no puede limitarse al problema ecológico, y la «segunda contradicción» —por seguir con la teorización de O'Connor—, no puede hacernos olvidar la primera. Estoy absolutamente convencida de que no se puede hablar de la explotación de la naturaleza dejando de lado la explotación del trabajo, ni olvidar que tanto la una como la otra han terminado por igual en un aumento de la acumulación y de las ganancias; y por tanto un enfoque correcto de la batalla política por la defensa del ambiente sólo pueda ser «rojo-verde» (tal vez la hipótesis debe ser formulada como «rojo-verde-violeta», mediante la búsqueda de analogías, por la continuidad y relación entre la problemática social, ambiental y femenina: un gran discurso que, por el momento, voy a dejar de lado).

No creo que los dos problemas, el ecológico y el social, se puedan poner sobre el mismo plano, se puedan considerar como un único problema y se puedan afrontar como tal. A pesar de la raíz común, a pesar de que para ambos sólo se pueda esperar una solución mediante la superación del sistema económico capitalista o mediante su transformación profunda (que es lo mismo), creo que es necesario distinguir entre los dos fenómenos: los dos no tienen los mismos ritmos, se manifiestan en momentos y lugares lejanos, y raramente confluyen abiertamente. Por esto no comparto la afirmación de O'Connor: «cuanto más explota el capital al trabajo, más explota a la

naturaleza, y viceversa». No siempre es así. No es una regla.

Basta pensar en los países del Este de Europa, donde la degradación ambiental ha sido tan grave como en Occidente, y a veces incluso más. Para explicar este fenómeno, no basta con decir que lo que se ha llamado «socialismo real» tenía muy poco de socialista, lo cual es verdad. Pero también es verdad que de todos modos en esa sociedad la explotación casi monstruosa del ambiente natural está sin embargo en proporción muy distinta con la explotación del trabajo que ocurre en algunas partes del Occidente o del Tercer Mundo. O bien recordemos cuantas veces los trabajadores y sus representantes se opusieron fieramente a medidas anti-contaminantes destinadas a sus fábricas: es decir, cuantas veces, en situaciones concretas, la reducción de la explotación del ambiente implica un aumento de la explotación del trabajo. De esto concluyo que debemos buscar razones lejanas y profundamente connaturales a la organización económica vigentè.

Como he dicho, y como indica O'Connor, la izquierda histórica aunque se contraponen al capital y se convierte en portadora de una idea política que pretende derribarlo, de hecho ha asumido todos sus valores básicos como valores positivos— industrialismo, productivismo, competitividad, crecimiento del PIB, etc.—, los ha indentificado con el progreso social y los ha perseguido como su objetivo prioritario. No se puede decir que hasta hoy su posición haya cambiado.

Pero esto no ha pasado sin motivo. No se puede negar que, durante un periodo relativamente largo, el paso hacia la sociedad industrial representó globalmente un hecho positivo, que consiguió que la vida de un número elevado de individuos humanos fuese mejor que en la sociedad precedente, y que, hasta un momento dado, en los países del Occidente industrializado determinase una mejora considerable de las condiciones generales de la gente. A pesar de la explotación y de la alienación, a pesar de la gran desigualdad en la distribución de la riqueza producida, a pesar de todas las consecuencias negativas del proceso de urbanización intensiva, las poblaciones occi-

dentales —no en su totalidad, pero sí la mayoría— han conseguido un nivel considerablemente más elevado en sus condiciones alimentarias, de vivienda, higiénico-sanitarias, en las posibilidades educativas, en el acceso a los productos de primera necesidad, y a los demás. El crecimiento productivo y la acumulación capitalista, parecía por tanto que también resultaban ventajosos para los trabajadores. Pero esto ha sido sólo hasta un cierto momento —insisto en ello— y sólo en los países del Occidente industrializado.

Ocurre que la misma acumulación, el mismo crecimiento de la producción, que en los países occidentales proporcionan una mejora en la calidad de vida de la gente, al mismo tiempo implican una continua y creciente agresión a los equilibrios de los ecosistemas, porque inevitablemente contaminan el ambiente y agotan los recursos. La contaminación y el consumo de energía y materiales puede reducirse, pero no se puede eliminar; y un crecimiento productivo constante implica un crecimiento constante (más o menos veloz) de la degradación ecológica (incluso en la hipótesis hasta ahora no verificada de que se apliquen las reglas más rígidas y los procesos más favorables al ambiente).

Así pues, la explotación del trabajo y de la naturaleza no se han hecho con el mismo paso ni con una tasa directamente proporcional. Ni siquiera la crisis ecológica y la crisis de la acumulación acostumbran a coincidir, como parece que se deduce de algunos pasajes de O'Connor. Por el contrario es posible encontrarse en presencia de una gravísima crisis del ambiente en el mismo momento en que el proceso de acumulación atraviesa una fase de máxima prosperidad; y la explotación más descontrolada de la naturaleza puede corresponder a una reducción apreciable de la explotación del trabajo humano, que no puede ser eliminada del todo, pero que se puede compensar con una mejora del nivel de vida. Esto es precisamente lo que ocurre en el mundo occidental industrializado.

La acumulación, como dice O'Connor, descansa sobre la externalización máxima de los costes sociales y de los costes ecológicos. Pero esos dos tipos de costes han reci-

bido una atención muy diferente por parte de las fuerzas interesadas y han tenido una suerte muy diferente en la historia de las relaciones industriales y de la política gubernamental. Los costes sociales en parte han sido pagados por los Estados (con el Estado del bienestar y otras medidas de ese tipo) y hasta cierto punto han sido reinternalizados bajo la presión de las luchas obreras. Los costes ecológicos, sin embargo, han sido prácticamente ignorados hasta hace pocos decenios.

Las convicciones, por un lado, del derecho que tenían los seres humanos al uso indiscriminado y depredatorio de la naturaleza y, por otro, de la inagotable vitalidad y generosidad de ésta, estaban tan arraigadas en la cultura y el sentido común, que no había ninguna preocupación —o casi— por los daños que se le estaban causando a la naturaleza, daños que sin embargo iban creciendo con el crecimiento cuantitativo de la producción o con su transformación cualitativa, con el empleo cada vez más masivo de productos sintéticos, muy tóxicos y no biodegradables.

Al multiplicarse las agresiones, la capacidad de regeneración de los ecosistemas ha empezado a estancarse y a vacilar, y el equilibrio del ambiente se ha vuelto insostenible. Insostenible no sólo para la naturaleza, sino también para las personas (que son parte de la naturaleza). Así la explotación de las personas por el capital ha empezado a ocurrir no sólo a través del trabajo, sino también a través del progresivo deterioro de la calidad de vida.

En el momento en que de los grifos sale agua con trielina y en el mercado se venden manzanas con paratión y pescado con mercurio, en el momento en que se prohíbe el baño en mares y ríos hasta ayer plenamente limpios, en que la congestión urbana crece hasta la parálisis, y que hasta la respiración es peligrosa, es decir, cuando en el más mínimo gesto de la normalidad más cotidiana cada uno experimenta lo que significa a escala planetaria la destrucción de bosques, la expansión de los desiertos, la reducción de la biodiversidad, el cambio de clima, y la destrucción de la capa de ozono, entonces las innegables conquistas que la sociedad industrial había concedido a la población

de los países occidentales, son puestas en causa.

No es verdad que la acumulación capitalista sea tan ventajosa para los trabajadores. Lo que hasta ahora se había creído incondicionalmente, ya ha sido desmentido; y toda la política de la izquierda basada en el crecimiento entendido como progreso se muestra fundada sobre ilusiones. El que todo el mundo (o casi) tenga automóvil, una segunda casa, un barco, un microondas, un teléfono celular y cosas por el estilo, no comporta solamente la desvalorización progresiva de bienes que eran muy apreciados mientras eran de minorías, tal como Fred Hirsch explicó hace tiempo. Implica también el progresivo envenenamiento del mundo, y de la especie humana en sí.

En este punto, para continuar sobre las huellas de la teorización de O'Connor, la primera y la segunda contradicciones tienden a coincidir y a sumarse. En términos sobre todo estrictamente económicos, como ilustra O'Connor, por un lado con el aumento de los costes (causado por los daños ambientales que los productores son forzados a internalizar en alguna medida) y por otro lado con el estancamiento de la demanda. Una doble crisis que estanca los mecanismos de la acumulación, y que la carrera siempre más afanosa hacia nuevos mercados y la búsqueda cada vez más histérica de lo «nuevo» en los procesos productivos y en los productos, son incapaces de resolver, una crisis en la que la crisis del ambiente y la crisis de la acumulación se ponen al mismo paso.

Pero en la convergencia de la explotación del ambiente y de la explotación social se perfila, más allá de la irracionalidad económica, una crisis de época, cultural y antropológica, que pone en causa no sólo el sistema productivo, sino también los hábitos de todos nosotros, nuestro modo de vida, de consumo, de derroche, de pensar la naturaleza, y a nosotros mismos dentro de ella; es decir, pone en causa el modo de ser humano que habíamos heredado de la historia, y sobre el que se basa la historia humana, del que proviene el capital en perfecta coherencia, y del que el dogma de la acumulación es una expresión factual y a la vez una lúcida figura simbólica.

Así pues «si la tasa de explotación y contaminación de la naturaleza dependen de la tasa de acumulación» (yo estoy convencida de ello), parar, o cuanto menos reducir drásticamente el crecimiento productivo parece la consecuencia lógica y necesaria. Pero, dada la actual organización de la economía occidental, ¿es posible —y cómo— esta operación sin crear un fuerte aumento de la desocupación, la pobreza, la marginación y la violencia? ¿Es posible —y cómo— defender el ambiente de una ulterior y más grave degradación, y al mismo tiempo satisfacer las necesidades de la sociedad moderna, sin renunciar a las mejoras innegables del nivel de vida derivado del avance de los sistemas industriales?

Sobre estas mejoras, insisto en la precisión, hecha anteriormente, que fueron «hasta un momento dado y sólo en los países del occidente industrializado». La emergencia del problema del ambiente cada vez más urgente ha señalado un límite temporal preciso a los efectos positivos de la industrialización, cada vez más gravemente sujeta a pagar las consecuencias de los daños ecológicos. Esos efectos positivos ahora son frecuentemente negativos. Pero la «bondad» de la acumulación hace tiempo que tiene otros límites, que separan a los países desarrollados del Tercer Mundo: tres cuartas partes de la población del planeta que no se han beneficiado de ninguna manera del nacimiento de la economía industrial capitalista ni de sus consecuencias sobre el plano social. Durante el mismo periodo en el que en los países occidentales aumentaban el bienestar para un número creciente de personas, estos países del Tercer Mundo se han ido empobreciendo progresivamente.

En estos países, aunque se ha superado el periodo del colonialismo más brutal, aun cuando la intervención occidental se ha disfrazado como «portadora de civilización», o se ha mostrado con intentos explícitos de mejora, en realidad se han visto obligados a sufrir la importación obligada de modelos extranjeros, que han destruido el equilibrio económico, social y ecológico precedente, sin enfocar o dejar surgir otros nuevos. De cualquier modo el Tercer Mundo ha pagado el desarrollo occidental, como también

lo ha pagado el ambiente de todo el mundo: el paralelismo no es casual, en el momento en que uno y otro revelan un deterioro que se ha hecho insostenible.

Y de aquí lo dramático de las preguntas antes formuladas. La hipótesis de parar la acumulación de capital, ya muy problemática para los países ricos, se muestra absolutamente impensable al aplicarse a los países donde la gente se muere de hambre, donde faltan bienes de necesidad primaria, alimentos, casas, viviendas, hospitales, donde se impone como prioridad absoluta la exigencia de un crecimiento material brutalmente cuantitativo para llevar a la gente a un nivel de vida decente, o simplemente para garantizarles la supervivencia. Pero el más modesto desarrollo de una zona del planeta tan amplia y tan densamente poblada, en caso de que venga condicionado por el modelo occidental, implica inevitablemente un gran aumento ulterior por un lado del consumo de recursos agotables, y por otro de la producción de escorias y basuras, de la contaminación del suelo, el agua y el aire, y el desequilibrio ecológico en toda su múltiple y terrorífica fenomenología.

Este es el problema que la humanidad debe afrontar: un problema de alcance sin precedentes y agrandado progresivamente por el aumento de la población del globo. Por ahora nadie sabe la solución. Pero tal vez es posible dar alguna certeza en negativo: el sistema capitalista, claramente, no puede dar una solución, y el Planeta Tierra no puede mantener una economía basada en el crecimiento ilimitado del producto, en la acumulación.

En este sentido puede ser útil alguna consideración sobre las tendencias de cambio social observadas más recientemente en el mundo. Decíamos que hasta ahora le había tocado al ambiente y al Tercer Mundo soportar los mayores costes de la acumulación. Pero desde hace algún tiempo, surgen dudas sobre la bondad del crecimiento no sólo a causa de la espantosa y creciente po-

breza por un lado y de la degradación ecológica por otro, sino también por la nueva forma de explotación humana que se deriva, hecha de incomodidades presentes y riesgos futuros. Desde hace algún tiempo, los grandes efectos positivos de dos siglos de acumulación, sustancialmente expresados en un más alto ingreso y en mayores posibilidades de consumo, se van reduciendo rápidamente o por lo menos limitándose a capas sociales cada vez más pequeñas.

Así lo aseguran fuentes no sospechosas, como la ONU, el Banco Mundial, la Reserva Federal de EEUU, etc., que en sus informes hablan no sólo de una gran distancia entre el Norte y el Sur del mundo («los países en vías de desarrollo pierden cada año 500 miles de millones de dólares en favor de los países más ricos» dice el programa de las Naciones Unidas para el desarrollo), sino que además insisten en el mismo fenómeno de creciente divergencia entre el nivel de ingresos de las capas «altas» y «bajas» en todo el mundo occidental industrializado (el 1 por ciento de la población de EEUU que hace seis años controlaba el 31 por ciento de la riqueza del país, hoy controla el 37 por ciento según un reciente informe de la Reserva Federal). Así pues, ¿el crecimiento del producto no garantiza ni siquiera los ingresos de la gente de los países industrializados, mientras que en todo el planeta disminuye la calidad ecológica de los sistemas?

Estas indicaciones ¿no muestran que el mundo necesita un sistema económico diferente del actual? ¿No debería la ciencia económica hacerse cargo del problema y empezar a revisarse a sí misma? Como decía Claudio Napoleoni, la teoría económica, en cuanto disciplina autónoma, nació como ciencia del capital, y como tal permanece. Entrever la posibilidad de una ciencia económica diferente, ha sido la necesidad, la preocupación y la búsqueda de los últimos años de su vida. Deberíamos recoger su ejemplo.